



Homilía en la Santa Misa exequial del presbítero José Arranz Arranz S. I. Catedral de El Burgo de Osma (Soria) – 13 de marzo de 2018

Querido hermano en el episcopado D. Casimiro, Obispo de Segorbe-Castellón; Sr. Abad de Santo Domingo de Silos; Sr. Vicario General de la Diócesis; queridos familiares de D. José Arranz; miembros del Cabildo de la S. I. Catedral de El Burgo de Osma al cual ha pertenecido nuestro hermano; sacerdotes de nuestro presbiterio diocesano; comunidad de Hermanas Reparadoras; Sr. Presidente y Consejo de Administración de Cara Rural de Soria; hermanos todos en el Señor:

“Os voy a declarar un misterio: No todos moriremos, pero todos nos veremos transformados” (1 Co 15, 51) Comienzo haciendo una acción de gracias por la vida tan fecunda de nuestro hermano presbítero José. Su ministerio sacerdotal se ha caracterizado por la rica diversidad de actividades que ha realizado. Si una palabra puede describir a D. José es polifacético. Inició su ministerio pastoral en las parroquias de Huerta del Rey y San Esteban de Gormaz para llegar a la Villa Episcopal donde ha permanecido hasta su jubilación ejerciendo como Vicario parroquial, primero, y después como Párroco. También ha atendido pastoralmente las parroquias de pueblos de alrededor (Sotos del Burgo, Berzosa, Rejas de San Esteban, Quintanilla de Tres Barrios). Su vida ha estado marcada por este templo catedralicio, que hoy acoge la celebración de sus exequias, siendo durante varios años Canónigo archivero y bibliotecario así como Presidente del Cabildo. Durante un tiempo fue encargado de la catequesis y del patrimonio en la Diócesis, y muchos sacerdotes se acuerdan de sus largos años de profesor en nuestro Seminario diocesano (impartiendo asignaturas como Filosofía, Eucaristía o Trinidad) al que se entregó completamente desde el rigor académico y la exigencia.

También hay que resaltar su compromiso en el ámbito del desarrollo socioeconómico de la comarca (lo que ahora se dice ser un emprendedor) al ser uno de los pioneros en la creación de la Caja Rural de Soria, entidad que hace unos escasos dos años le hacía un sentido homenaje por tratarse de uno de sus impulsores y de las personas más implicadas en sus más de cincuenta años de historia. Cabe destacar también su compromiso como Consiliario con la Cooperativa del campo del Círculo Católico y su apoyo a los agricultores en su tarea. Sus últimos años ha estado al servicio de la Asociación Pública de Fieles Reparadores de Nuestra Señora la Virgen de los Dolores y como capellán de la Residencia de *Nuestra Señora de la Luz* en Torralba del Moral.

¡Cómo no dar gracias por la vida de un presbítero que se ha gastado y desgastado por el Reino de Dios a lo largo de tantos años! La vida de D. José ha sido de todo menos aburrida, al comprometerse con todas las tareas que la Iglesia le encomendaba. Comprendiendo muy bien que la salvación que Dios nos trae no pertenece

exclusivamente al más allá sino que comienza procurando el bien de las personas concretas con sus necesidades humanas. Con San Pablo podemos exclamar: “*¡Demos gracias a Dios que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!*” (1 Co 15, 57). A pesar de la muerte de este hermano nuestro afirmamos: “*La muerte ha sido absorbida en la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?*” (1 Co 15, 55-57)

Pero ahora, de la mano de esta página del Evangelio, que parece que nada tiene que ver con la celebración de un funeral, en la que Jesús nos dice que su morir, su irse, es muy singular: “*Me marcho para volver con vosotros*”, permitidme que haga una breve reflexión: Jesús al morir no se desentiende de esta vida, no se aleja de lo nuestro, de lo humano. Vuelve para meterse más adentro, aún si cabe, para sustentar con más vigor nuestro vivir. A nosotros nos parece que sólo es fecundo quienes han tenido una numerosa descendencia, quien ha dejado obras suyas sembradas a lo largo de los años, quien ha creado obras que perpetúan su fama y su nombre. Pero hay otra fecundidad más callada, más desconocida, pero más importante: aquella que anima el interior de las personas y las sostiene en la dificultad, en la vejez y en la enfermedad; la que posibilita que la alegría del débil no se quiebre del todo cuando le atosiga el dolor. Esta fecundidad de dentro es la que viene de Jesús Resucitado y la da a todos aquellos que son incorporados a su Muerte y Resurrección.

La vida presbiteral es una vida fecunda cuando nos sembramos en los demás anunciando a Jesucristo, celebrando los sacramentos y practicando la caridad. Y lo hacemos con abundancia, sin tacañerías. El Papa Francisco muchas veces nos recuerda que la vida del presbítero ha de ser de una entrega total: “*Convertirse en buenos pastores a imagen de Jesús es una cosa tan grande, y nosotros somos tan pequeños*”, que en realidad no es obra nuestra, es obra del Espíritu Santo, con nuestra colaboración. Se trata de ofrecerse uno mismo con humildad, como arcilla para modelar, para que el alfarero, que es Dios, la trabaje con el agua y el fuego, con la Palabra y el Espíritu. Se trata de entrar en aquello que dice san Pablo: *Ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí (Gal 2, 20). Solamente así se puede ser diacono y presbítero en la Iglesia, solo así se puede apacentar al pueblo de Dios y guiarlo no por nuestros caminos sino por el camino de Jesús, es más, sobre el camino que es Jesús*” (Discurso a los seminaristas el Pontificio Colegio Leoniano de Anagni, 15.4.2014)

En estos meses en que he conocido a nuestro hermano José he podido constatar al menos dos cosas: 1. La alegría de la comunión de un presbítero con su Obispo al emocionarse ante la visita anunciada de su Pastor y 2. El cultivo de la vida interior por encima de todo. En las visitas que le he hecho durante este tiempo le he encontrado, cuando su salud se lo permitía, rezando la Liturgia de las Horas o esa oración tan popular a nuestra Madre la Virgen y que acompaña nuestra vida como es el rezo del Rosario. Sin esa profundidad que da la comunión y la oración nos arriesgamos a que nuestra vida, por más cosas que hagamos, corra el peligro de quedarse en lo superficial y en lo estéril. La celebración de la muerte cristiana debería tener como fruto hacer más densa nuestra vida.

Para terminar una petición recordando todos esos años de entrega de José Arranz en el Seminario, donde la mayoría de los sacerdotes actuales de nuestra Diócesis habéis sido sus alumnos. Queridos hermanos, que no nos falten vocaciones de todo estilo en nuestra diócesis: bautismales y de especial consagración, vocaciones al presbiterado. No hace

mucho, en esta misma Catedral, despedíamos a Juan Carlos Atienza Ballano; hoy a José Arranz. El próximo domingo celebraremos el Día del Seminario con el lema “*Apóstoles para los jóvenes*” para recordarnos la necesidad de presbíteros en la Iglesia así como para rezar por la urgencia que tenemos de jóvenes que sigan el camino de Jesús desde el sacerdocio ministerial. Hagamos nuestra esta sencilla oración:

*Señor Jesucristo, haz que sean muchos los que,
en nuestra Diócesis de Osma-Soria,
acojan con generosidad el don de la vocación presbiteral,
que se dejen formar en nuestro Seminario
para ser buenos discípulos tuyos,
configurados totalmente contigo, Siervo, Sacerdote y Pastor,
que mantengan vivo y ardiente el celo pastoral
con el fuego del Espíritu Santo
y salgan a buscar a los que tanto necesitan de Ti,
y así te puedan encontrar y ser plenamente felices. Amén.*

**✠ Abilio Martínez Varea
Obispo de Osma-Soria**